

Primera edición: marzo de 2016

Esta novela ganó el Premio Josep M. Folch i Torres 2015
de novela infantil.

Diseño: La Galera
Maquetación: Marquès SL

Traducción del catalán de Milo Krmpotic
Edición: David Monserrat
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Damián Montes, 2016, del texto
© Ona Causa, 2016, de las ilustraciones
© La Galera, SAU Editorial, 2016, de esta edición

Grupo Catedral
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.lagalera.com / lagalera@lagaleraeditorial.com
facebook.com/editoriallagalera / twitter.com/editorialgalera

Impreso en Limpergraf
Mogoda, 29-31 Políg. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-1.671-2016
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5831-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

**LA NIÑA
QUE SE CONVIRTIÓ
EN MÓVIL**

DAMIÁN MONTES

laGalera



UN PUEBLECITO DE ÁFRICA

Me llamo Mukele y nací hace doce años en un pueblecito de África, un pueblo tan pequeño que no tiene ni nombre. Nosotros lo llamamos Waku, que en lengua suajili significa precisamente eso: «Pueblecito». Se trata de una de esas típicas aldeas que suelen aparecer en los documentales sobre animales que ponen por la televisión, y que están formadas por cabañas de madera con techos de paja.

Algún lector podría pensar: «¿Y qué sabe una niña africana de los documentales que ponen por la tele?». Respuesta: sé lo mismo que cualquier niña europea, porque en algunas de esas cabañas había aparatos de televisión donde las niñas africanas veíamos reportajes sobre pueblecitos africanos.

¿Ha quedado claro? La vida en África ya no es como antes. Los pueblecitos allí han cambiado mucho, comienzan a parecerse a los pueblecitos





de cualquier otra parte del mundo. Por ejemplo: ¿dónde diríais que vi por primera vez un león? ¿Pensáis que me crucé con él cuando regresaba del río? ¿O paseando por la sabana? ¿O cuando salí a cazar con mi lanza y mis flechas? No: la primera vez lo vi por la tele, como cualquier otra niña normal y corriente.

Y, lo mismo que todas las niñas normales y corrientes, tengo un teléfono móvil. Algo anticuado, desde luego. La carcasa está llena de abolladuras, el diseño es antiguo y ni siquiera tiene pantalla táctil. El teclado está oxidado y hasta le falta la tecla del número 2.

A veces, algún turista lo ve y me pregunta:

—¿Qué ha pasado con la tecla del número 2?

A lo que le respondo:

—Pues sería largo de explicar. Un día, Amwilu, el brujo del pueblecito, se enfadó conmigo y me convirtió en teléfono. Mi alma permaneció un año entero dentro de este móvil. Y dentro de este móvil viajé a Nueva York y...

El turista sonrío, me interrumpe y se marcha. Porque no cree lo que le digo.

Pero es verdad que Amwilu me convirtió en móvil, porque en África hay brujos muy poderosos, capaces de convertir a la gente no ya en móviles, sino



La niña que se convirtió en móvil



en hienas, ratones o lechuzas. En África aún existe la magia.

Y, para demostrároslo, os contaré mi historia.





MI FAMILIA Y MI ESCUELA

Mi padre se llama Amongo y es pastor, lo mismo que mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo y así sucesivamente hasta la época remota en que se fundó el pueblecito. Tiene un rebaño de un centenar de cebús. El cebú es una especie de vaca con los cuernos retorcidos que se pasa el día pastando y durmiendo.

Por este motivo mi padre se aburría mucho en la sabana mientras cuidaba de los cebús. Hasta que, un día, un turista le enseñó un par de variantes del solitario y le regaló una baraja de cartas. Desde entonces, se convirtió en todo un experto, y hasta se emocionaba jugando. A veces, cuando mamá me enviaba con algún encargo, me lo encontraba a la sombra de un baobab, hablando solo. Era curioso: se dirigía al 9 de diamantes, al as de picas o a la jota de tréboles como si fueran seres humanos.





Mi padre es fuerte, simpático y divertido. Pero también es muy supersticioso. Dado que tenía miedo de ponerse enfermo o de que un *kabulu* (una especie de demonio) se lo llevara durante la noche, siempre le estaba haciendo regalos a Amwilu, el brujo, y le preguntaba cosas.

En cambio, mi madre, Bawani, no soportaba a Amwilu. Lo acusaba de ser un curandero embaucador y sinvergüenza. Y esto provocaba divergencias importantes en el seno de mi familia: cuando les dolía la cabeza, mi padre dormía con un murciélago desecado debajo de la almohada, mientras que mi madre se tomaba un Gelocatil. Era divertido escuchar sus discusiones sobre qué remedio resultaba más eficaz.

Bawani, mi madre, es campesina y trabaja en una pequeña plantación de café, lo mismo que mi abuela y mi bisabuela, pero no mi tatarabuela. En aquellos tiempos remotos, los europeos aún no habían traído a Waku la semilla del café.

A veces papá me decía:

—Algún día, Mukele, tú también cultivarás café.

Pero mamá respondía:

—No debes seguir la estrella de otra persona.

Se trata de un refrán suajili que quiere decir que cada cual debe escoger libremente su propio destino. Mi madre tenía la costumbre de decir las cosas



utilizando refranes. Por ejemplo, cuando me pillaba haciendo alguna travesura, solía reñirme así:

—Mukele, no puedes esconder el humo si has hecho fuego.

Y a mí eso me gustaba: siempre es mejor que te suelten un refrán a que te castiguen, ¿no?

Mi familia la completan dos hermanos mayores y tres hermanas pequeñas. Un aviso: no os creáis el mito de que las familias numerosas son maravillosas. Porque son un palo. Sobre todo en Waku, cuando sus ocho miembros deben dormir en una cabaña de madera de planta circular y apenas cinco metros de diámetro. ¿Os imagináis los pisotones, los pedos, los codazos y demás inconvenientes que ello implica?

Mis hermanos mayores siempre me estaban gastando bromas pesadas: me metían un escarabajo gigante en los zapatos o una lagartija amarilla en la cama, o me manchaban los vestidos con excrementos de cebú. En cambio, mis hermanas pequeñas no dejaban de pedirme ayuda y de darme la lata. ¡No tenía a dónde escapar para estar sola!

Hace cuatro años, con la llegada de un maestro de la capital, los niños de Waku comenzaron a estudiar. Su nombre era Lauru, y trajo algunos libros y un ordenador de los tiempos de Matusalén. Instaló la escuela en una cabaña vacía, y se pasó varios días



construyendo sillas y pupitres con cajas rotas y maderos viejos. Era un buen maestro, pero creo que lo acabamos volviendo loco. En total, tenía cerca de cincuenta alumnos entre los seis y los dieciséis años, algo imposible de controlar.

Pero hicimos algunos avances. Yo aprendí el abecedario y a escribir en suajili. También aprendí inglés, algo muy útil para los juegos que llevaba incorporados el viejo ordenador de la clase.

Las cuatro reglas de las matemáticas me parecieron sencillas. Como maestro, Lauru intentaba demostrar la utilidad de cuanto nos enseñaba. Por ejemplo, un día nos dijo:

—¿Sabéis qué altura tiene el Kilimanjaro?

La mayoría de niños conoce el Kilimanjaro, esa gran montaña nevada en medio de la sabana, porque la ven en los documentales de la televisión. Pero yo no: yo la veo desde la puerta de mi cabaña, cada mañana al levantarme.

—Pues tiene 5.895 metros —añadió Lauru.

—¿Y eso en cocos cuánto es? —le pregunté.

El coco era la unidad de medida que utilizábamos en Waku. Se trata de la longitud del Coco Sagrado que guarda en su cabaña el brujo Amwilu y que contiene el espíritu de Elegua, el fundador del pueblecito.

—Si el coco tiene 13 centímetros; es decir, 0,13 me-



tros —respondió Lauru—, ¿cuánto mide el Kilimanjaro en cocos?

Hice la operación rápidamente: serían 45.346 cocos. Entonces intenté imaginar 45.346 cocos puestos uno encima del otro, sin que se cayeran, y me entró un ataque de risa. Aquel día me di cuenta de que entender las matemáticas iba a resultar divertido.

También aprendimos geografía. Hasta entonces solo conocía el nombre de dos pueblecitos vecinos, a los que llamábamos Waku Wengine («El Otro Pueblecito») y Waku Wengine Wengine («El Otro Otro Pueblecito»). Más allá, todo me resultaba lejano y misterioso. Lauru nos mostró un mapa de Tanzania y averigüé que la capital de mi país se llama Dodoma y que su ciudad más grande, Dar es Salaam, se encuentra en la costa.

Lauru también trajo un mapamundi a todo color. Allí vi por primera vez el perfil de África y descubrí dónde estaban Europa, Asia y América. ¡Y me enteré de que la Tierra es redonda!

Mi hermano Kuni se lo comentó al brujo Amwilu, quien respondió:

—¿Redonda? ¡Memeces de blancos!

De uno de sus viajes, Lauru trajo un viejo televisor de Dodoma. A ratos nos tenía entretenidos mostrándonos programas divulgativos. Así fue como vi





por primera vez aquellos documentales de animales donde aparecen leones y pueblecitos típicos africanos parecidos a Waku. Y así fue también como descubrí París, Londres y Roma. Londres me la aprendí enseguida: allí se encontraba la Torre de Londres. En cambio, no lograba recordar si la Torre Eiffel estaba en Roma y el Coliseo en París o era al revés.

Pero la ciudad que más me gustaba por la tele era Nueva York. Admiraba sus rascacielos, sus tiendas, sus puentes y su Estatua de la Libertad. Y me llamaba la atención que hubiera un Central Park cubierto de árboles en medio de Manhattan. ¿Para qué querían los americanos tantos árboles en su ciudad, si aquí en África nos sobran?

Como los postes de la luz no llegaban hasta Waku, la electricidad para la tele y el ordenador provenía de un pequeño generador que funcionaba con gasolina. Además de en la escuela, había electricidad en casa de Mwonu, el jefe, que disponía de un segundo televisor, de enchufes y de tres bombillas halógenas. En el resto de casas la iluminación procedía de las velas y de las mismas hogueras que servían para cocinar y que llenaban las cabañas de humo.

Waku era un pueblecito minúsculo, que ni siquiera aparecía en el mapa, pero, como se encontraba cerca del Kilimanjaro, a menudo recibía a visitantes



extranjeros. Y los había de dos tipos: turistas y *ongos*.

Los turistas eran los más abundantes. Llevaban ropa de color caqui, botas de montaña, teléfonos móviles, mesitas, enormes cámaras fotográficas y botiquines con antidotos contra las picaduras de serpiente y de tarántula. Intentaban caer simpáticos y, con un poco de suerte, si les dabas conversación, al final te soltaban un billete de dólar: al cambio, 1.604 chelines tanzanos. Toda una fortuna. Aunque mi madre, por su parte, prefiriera una caja de Gelocatil.

El segundo tipo de visitantes pertenecía a alguna ONG, y por eso los llamábamos, para abreviar, *ongos*. No se diferenciaban demasiado de los turistas, aunque solían traer más cosas para regalar, cosas por lo general inútiles, como camisetas de equipos de fútbol, raquetas de tenis, libros de gramática inglesa o francesa y mosquiteras.

Mwono les decía una y otra vez:

—En Waku no hay mosquitos.

Pero los *ongos* se mostraban tozudos como mulas con sus mosquiteras. Aunque al final no nos fueron del todo mal: con ellas hicimos una red para jugar al tenis en medio de la sabana y hasta una portería de fútbol.

—Pedidles que la próxima vez nos traigan balones de la Champions —sugirió Mwono.







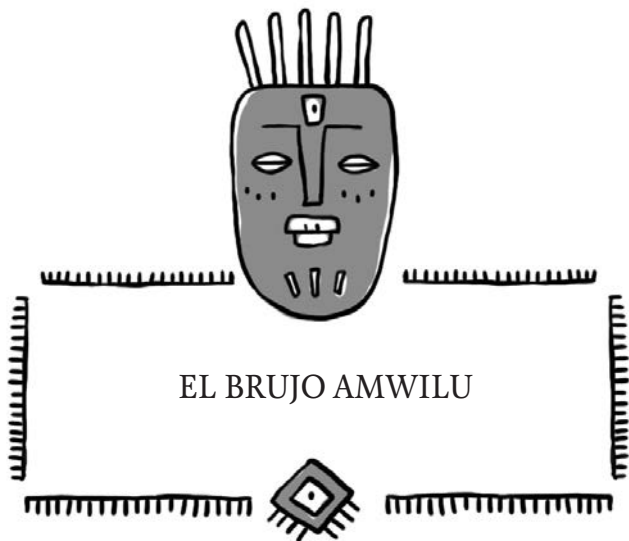
Los turistas y los *ongos* se paseaban por Waku, nos preguntaban cosas y comentaban cuánto les gustaba el pueblo y lo bien que se debía de vivir en él, lejos del estrés del mundo moderno. Nos soltaban esos bonitos discursos y acto seguido se iban corriendo a coger el avión.

Un día, mientras un grupo de *ongos* se despedía, mamá comentó:

—La lluvia puede mojar las manchas del leopardo, pero no las borra.

Y yo me quedé un buen rato intentado descubrir el significado de aquel extraño refrán.





EL BRUJO AMWILU

A fin de que podáis entender mi historia, debéis conocer a su segundo protagonista: Amwilu. Amwilu era el brujo del pueblo, lo mismo que su padre, su abuelo, su bisabuelo, su tatarabuelo y así sucesivamente hasta la época remota en que se fundó el pueblecito.

Era alto y delgado, y caminaba apoyándose en un cayado que culminaba en una calavera de mono. Estaba muy orgulloso de sus antepasados, de su poder y de su posición social en Waku. Era la persona más importante del pueblecito después de Mwono, el jefe, y desde su cabaña rendía culto al Coco de Elegua, oficiaba las oraciones a los dioses y adivinaba el futuro.

Pero aquello no le resultaba suficiente. Había perdido poderes respecto a sus ancestros, y algunas personas en Waku, influenciadas por el saber, la medicina y los inventos de los blancos, habían dejado de creer en él.



Es por ello por lo que a Amwilu se le agrió el carácter. Siempre estaba de mal humor y, lo que es peor incluso, siempre que podía fastidiar a alguien no dudaba en hacerlo.

Por ejemplo, hace tres años, en plena sequía, Amwilu le dijo a mi madre:

—Si quieres puedo bailar la danza de la lluvia.

Y mamá le respondió:

—Prefiero ver la previsión del tiempo de Joseph Kibulu por la tele.

Amwilu se enfadó muchísimo. Aquella misma noche bailó la danza de la lluvia, pero en su versión más destructiva. Y las dos noches siguientes, lo mismo. Por todo el pueblecito se escuchaba el ritmo del tam-tam, sus imprecaciones y sus súplicas a Fiuyu, el Gran Espíritu de las Tormentas. Y al tercer día hubo una granizada tan fuerte que destruyó parte de la cosecha de café de mi madre.

Fue un momento dulce para el hechicero. Casi todo el pueblo creyó que se había tratado de una venganza de Amwilu, y lo miraban con respeto y temor.

Pero mamá comentó de forma despectiva:

—Joseph Kibulu también lo predijo.

Amwilu se dedicaba a ratos a la magia negra, que es la más peligrosa de las magias, la que provoca más miedo y comentarios en voz baja. Tenía un ayudante:





el mono Amu. Era un chimpancé gris, feísimo, que se reía con estrépito, iba dando saltos colosales entre las cabañas y trepaba a los árboles con una agilidad increíble. Alrededor del cuello llevaba un collar hecho con dientes y pelo de Amwilu. De ese modo, el brujo le dejaba claro a todo el mundo que aquel mono le pertenecía.

A menudo veíamos a Amu y Amwilu cuchicheando en su cabaña. Y no se nos hacía extraño, porque Amwilu aseguraba conocer la lengua de los chimpancés.

Sí, sí: los monos hablan. Eso lo sabe todo el mundo en África. Y aún más: los africanos sospechamos que, en realidad, los monos son mucho más listos de lo que parecen, pero no lo quieren demostrar porque, si lo hicieran, los humanos los pondríamos a trabajar. Y en el caso de Amu resulta probable, porque era el mono más vago que haya visto en mi vida: se tiraba días enteros dormitando sobre el techo de la cabaña de su amo.

Podría contaros muchos ejemplos de la magia negra de Amwilu, pero me limitaré a un conjuro en concreto, porque generó muchísimo alboroto y se parece bastante al que yo sufrí más tarde, cuando me convirtió en móvil.

Tubaru era un viejecito del pueblo conocido por





su buen humor. Siempre se estaba riendo. Un día se le ocurrió gastar una broma pesada: mientras Amu dormía, le untó la cola con petróleo y le prendió fuego. Amu estuvo saltando y lanzando alaridos hasta que Amwilu consiguió apagar el fuego con polvo y barro. Amwilu curó al mono y luego los vimos hablar largo rato en la extraña lengua de los chimpancés.

Aquella noche, Amwilu fue a casa de Tubaru y le dijo muy serio:

—Me vengaré.

Dos días después, Tubaru desapareció sin dejar rastro. Y una hiena comenzó a merodear por el pueblecito. Ya sabéis: las hienas siempre se están riendo, como Tubaru. Nunca habíamos visto hienas por Waku, y menos una hiena tan extraña como aquella, que se acercaba a Amu mientras se echaba sus larguísimas siestas para darle lametones y espantarle las moscas. Era muy raro, así que pronto comenzaron los rumores:

—Amwilu ha convertido a Tubaru en una hiena.

—Ahora Tubaru se arrepiente y por eso cuida de Amu.

—Pero Amu es malo, no le hace ni caso.

—Y Amwilu tampoco.

Los hijos de Tubaru pasaron un montón de tiempo hablando con Amwilu, pidiéndole perdón en nombre de su padre. El brujo tardó un año en ablandarse.

La niña que se convirtió en móvil



Y un buen día la hiena se marchó y Tubaru apareció de nuevo en la puerta de su cabaña. Sus hijos le preguntaron dónde había estado, pero él fue incapaz de recordar nada al respecto.

Y no solo eso. Como sus hijos habían heredado su sentido del humor, le estuvieron gastando bromas de bienvenida. Pero enseguida se dieron cuenta de que pasaba algo extraño: Tubaru tenía la boca rígida. No lograba reírse. Se esforzaba, pero no podía. Era como si le hubieran cosido los labios con agujas.

Así que ya lo veis: hacer enfadar a Amwilu era muy peligroso.



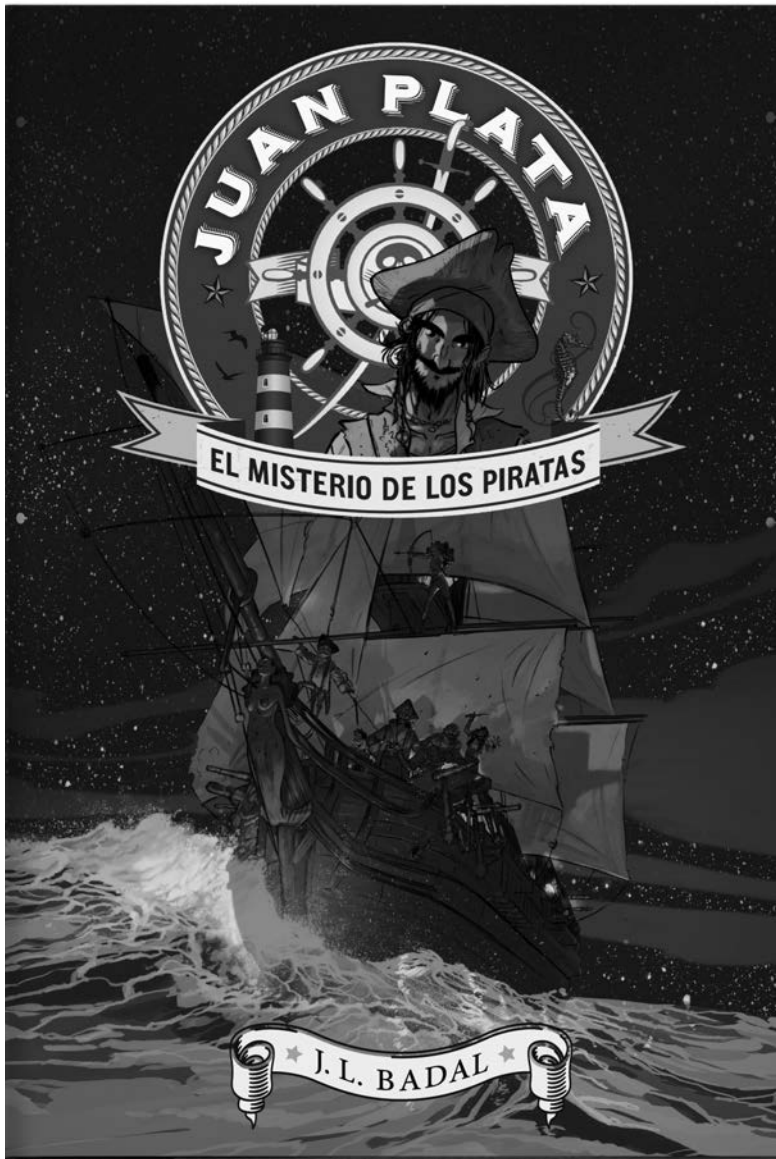


Ona Causa (Barcelona, 1984). Estudió ilustración en la Escuela Massana y después completó su formación con diferentes seminarios en la Escola de la Dona de Barcelona. Trabaja principalmente como ilustradora infantil, pero también le interesa la ilustración para adultos. Ha publicado, entre otros, con SM, Cruïlla, Editorial Text, Editorial Baula, Bruño, Montena (Random House-Mondadori), Barcanova, Estudi Escletxa i Tretzevents.



Damián Montes (Balaguer, 1959). Bajo este seudónimo encontramos a Francesc Puigpelat, periodista y escritor. Es autor de una extensa obra narrativa, tanto para adultos como para jóvenes. Ha ganado diversos premios literarios. Entre sus obras destacan *Viaje al centro de City Play* (2015) y las colecciones de libros infantiles “Monday& May” (en colaboración, bajo el seudónimo de Lillian Wallaby) y “El Club de los Empollones” (en colaboración, con el seudónimo de Brian Bones). La novela *La niña que se convirtió en móvil* ganó un prestigioso premio de narrativa.

Y no te pierdas:



HACHIKO

EL PERRO QUE ESPERABA

LUIS PRATS

ZUZANNA CELEJ
ILUSTRACIONES DE

